



Homilía en la Solemnidad de San Pedro de Osma **S. I. Catedral – 2 de agosto de 2018**

“Y tenía una Buena Nueva eterna que anunciar a los habitantes de la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo” (Ap 14, 6)

Hoy, 2 de agosto, celebramos a San Pedro de Osma, patrono principal de nuestra Diócesis, y lo hacemos de forma especial al conmemorar el vigésimo aniversario de la clausura del último Sínodo diocesano que tuvo como lema *“Una Iglesia viva y evangelizadora”*. Saludo afectuosamente a mis hermanos en el Episcopado D. Vicente Jiménez, Arzobispo de Zaragoza; D. Braulio Rodríguez, Arzobispo de Toledo; D. Francisco Pérez, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela; y a D. Casimiro López, Obispo de Segorbe-Castellón, los cuales intervinieron directamente en el gran acontecimiento eclesial que supuso para nuestra Diócesis la celebración de un Sínodo que ha marcado el camino de la Iglesia oxomense-soriana en estos últimos años.

Saludo también a los miembros del Cabildo de la Catedral así como a los sacerdotes concelebrantes, a los religiosos y religiosas, a los PP. Benedictinos de Silos, a las autoridades y a todos los diocesanos aquí presentes.

Este Sínodo celebrado entre 1994 y 1998 recorrió un largo camino con varias etapas, con un solo fin muy marcado ya en la Carta y Decreto de convocatoria del 8 de septiembre de aquel año de 1994: *“Vivir uno de los momentos oportunos, una ocasión favorable para, con la ayuda de Dios, renovarnos como Iglesia”*. Estoy seguro de que los frutos han sido muchísimos y que todavía quedan muchas virtualidades del Sínodo que debemos poner en marcha para hacer de nuestra Diócesis una Iglesia misionera.

Pero quiero remarcar que el Sínodo es algo más que una institución eclesial por muy antigua que sea en la Iglesia. Como significa la misma palabra expresa caminar juntos, vivir profundamente la comunión como expresión del misterio de la Iglesia que hunde sus raíces en la Trinidad, lo cual equivale a decir que Dios es comunidad, que Dios es familia.

Mirad, la comunión no puede ser explicada en categorías sociológicas de amistad o afinidad entre sacerdotes o de sacerdotes con laicos, de coincidencia en opiniones sobre la Iglesia y la pastoral, en un recuento de mayorías o minorías, en términos de consenso o en aras de una mayor eficacia en la labor pastoral. Más allá de la sociología y de la eficacia está la comunión eclesial que nace de la experiencia compartida del Resucitado. La Iglesia existe gracias a un anuncio inesperado e increíble al mismo tiempo: ¡Jesús ha resucitado! *“Por esto me ama el Padre porque Yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita sino que Yo la entrego libremente” (Jn 10, 17-18)*

Aquél que se siente tocado por esta experiencia total y apabullante de Jesús Resucitado percibe la comunión no como una enseñanza, como un alumno que aprende lecciones y las dice muy bien, sino como una relación personal con Jesucristo que le empuja a compartir esta misma experiencia con aquellos que también tienen a Cristo como Señor de sus vidas.

La comunión nos lleva a vivir la Iglesia como un tejido de relaciones interpersonales cuyo nivel primordial es el de la Iglesia diocesana. Nuestra comunidad diocesana, que quiere vivir la radical igualdad en cuanto a la dignidad y acción de todos los bautizados (cfr. LG 1), es comunidad de evangelizadores a la vez que Cuerpo de Cristo, con diversidad de miembros, funciones y ministerios, carismas y responsabilidades. La comunión se realiza a través de la corresponsabilidad. La tarea que incumbe al ministerio pastoral no puede ser dividida y repartida entre todos; cada cual en la Iglesia tiene el ministerio que el Espíritu le ha dado. Pero todos los miembros de la Iglesia estamos llamados a ser evangelizadores. No apaguemos la llama del Espíritu Santo que ha sido derramado sobre todo el Pueblo de Dios.

Y, sobre todo, caminemos juntos, hagamos un camino sinodal, como el que el Papa Francisco nos pide: *“El Obispo siempre debe fomentar la comunión misionera en su Iglesia diocesana siguiendo el ideal de las primeras comunidades cristianas, donde los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma (cfr. Hch 4, 32). Para eso, a veces estará delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos”* (EG 31).

Queridos hermanos: la comunión es para la misión, para evangelizar; es una comunión misionera. Grabemos en nuestro corazón a fuego las palabras del beato Pablo VI en EN 14 como nos recuerda el Papa Francisco: *“Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar... No hay otra tarea más importante en la vida de la Iglesia para la cual se ha fundado y organizado: evangelizar a tiempo y a destiempo”*. Nos lo ha indicado Jesús muy claro en el Evangelio: el Buen Pastor es el que da la vida por las ovejas (cfr. Jn10, 15). Hay que tener cuidado para no convertirnos en asalariados *“al vernos afectados de algún modo por la cultura globalizada actual que, sin dejar de mostrarnos valores y nuevas posibilidades, también puede limitarnos, condicionarnos e incluso enfermarnos”* (EG 77)

Tomemos a la Virgen María, que no dudó en decirle “sí” a Dios, como nuestro modelo y guía de la evangelización. Que aprendamos de la Madre del Señor y Madre nuestra a ser humildes y, al mismo tiempo, valientes, capaces de anunciar a Cristo con la fuerza que nos da la Verdad, que es Cristo Resucitado.

Que la santidad del Obispo Pedro de Osma, cuyos restos mortales reposan en esta Catedral de El Burgo de Osma, y cuya vida destacó por su entrega, especialmente a los pobres, enfermos y encarcelados, nos ayude a vivir con alegría nuestra condición de discípulo misionero: *“Nos hace falta un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, tanto la intimidad como la tarea evangelizadora, de manera que cada instante sea expresión de amor entregado bajo la mirada del Señor. De este*

modo, todos los momentos serán escalones en nuestro camino de santificación” (GeEx 31).

**✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria**